

El atributo del sol en la iconografía de santo Tomás de Aquino

El tema de la presente ponencia tiene su origen en una iniciativa pastoral en torno a la imagen de santo Tomás de Aquino que ocupa la hornacina central del retablo que lleva su nombre en la Basílica Santo Domingo de Córdoba¹. La estatua, de madera tallada y tamaño natural, fue hecha en Italia a principios del siglo XX. Representa al Aquinate robusto, esbelto y maduro, con una edad cercana a la de su muerte, acaecida el 24 de marzo de 1274, cuando todavía no cumplía los 50 años, durante el viaje que había emprendido para participar en el segundo concilio ecuménico de Lyon.

Entre los atributos que adornan la imagen del Doctor Angélico en sus diversas pinturas o esculturas podemos destacar la paloma susurrándole al oído, el birrete doctoral o el capelo que cubre su cabeza, el sol en el pecho, la hostia, el copón o el ostensorio en la mano, la maqueta de un templo apoyada en la mano, dos alas angelicales y el crucifijo con una banderola en la que leemos la inscripción “Bene scripsisti de me, Thoma...”². Aunque esté lejos de ser exhaustiva, esta enumeración nos permite poner de manifiesto el hecho de que no sería posible, ni aún deseable, que la totalidad de los atributos propios de la iconografía de nuestro santo se encuentren simultáneamente en una misma obra. Evidentemente, son las pinturas las que se prestan mejor a un elenco más completo de atributos pudiendo incorporar, a la vez, figuras de diverso relieve, tanto del ámbito religioso como del secular. Baste con recordar, a este respecto, el “Triunfo de Santo Tomás de Aquino” de Benozzo Gozzoli, quien, habiéndose inspirado en el de Francesco Traini, destaca el motivo del sol³.

Por lo demás, la multiplicación de los atributos no asegura que una representación de santo Tomás sea más radiante y elocuente que otra más simple y modesta. Para reconocerlo bastará contemplar la austera belleza de las pinturas del santo que nos ha legado el beato Angélico. En este sentido, la estatua de nuestra basílica, aunque no se destaca por su mérito artístico, no estaría necesariamente en falta. Los pocos atributos que la adornan permiten identificarlo claramente: además del hábito completo de fraile dominico, podemos ver una pluma en su mano derecha y un libro abierto en su mano izquierda, con la inscripción “Adorate devote”, las dos primeras palabras de su célebre himno eucarístico. Hemos considerado, no

¹ S. BARBIERI, “Patrimonio Artístico”, en: R. González et al., *La Orden de Santo Domingo en Córdoba*. Historia y patrimonio, ed. Gobierno de Córdoba y Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba 2004, p. 59-134 (94).

² Ver otros atributos en: J. HERNÁNDEZ DÍAZ, *Iconografía de Santo Tomás de Aquino*, en: *Boletín de Bellas Artes*, 2 (1974) 162-183.

³ Para su descripción, ver A. PÉREZ SANTAMARÍA, “Aproximación a la iconografía y simbología de Santo Tomás de Aquino”, en: *Cuadernos de Arte e Iconografía*, 5 (1990) 31-54 (32-33).

obstante, que podía verse embellecida y ennoblecida con el añadido del sol, que encontramos ya en las primeras representaciones del santo doctor y que es uno de los atributos más sugestivos y elocuentes, si no el más importante de todos. Por esta razón, con ocasión del inicio del trienio jubilar en su honor, hemos propuesto a los fieles la posibilidad de colocar este atributo en nuestra imagen, lo que nos ha estimulado a estudiarlo más a fondo y a explicar con mayor detalle su significado.

A imagen de santo Domingo

Cuando observamos el sol en el pecho de santo Tomás de Aquino, pensamos inmediatamente en la luz y el calor que irradia su enseñanza sobre la Iglesia. Según el testimonio de fray Alberto de Brescia en el proceso napolitano de su canonización, el apelativo “luz de la Iglesia” le fue atribuido el mismo día de su muerte por san Alberto Magno, quien habría conocido el hecho por revelación divina. Relata el testigo que, sentado a la mesa en el refectorio, san Alberto irrumpió repentinamente en lágrimas diciendo: “Os digo graves rumores, que el hermano Tomás de Aquino, mi hijo en Cristo, que fue luz de la Iglesia, ha muerto...”⁴. Este bello testimonio pone de manifiesto por qué los frailes dominicos vemos realizado de un modo singular en santo Tomás el significado de la aclamación “Oh, luz de la Iglesia” con la que saludamos a nuestro padre santo Domingo de Guzmán al final de la oración de completas. De hecho, es la santidad tal como la encontramos plasmada en el primero, la que nos permite reconocer mejor lo que santa Catalina de Siena, teniendo en mente el inicio del Evangelio de Juan, decía del segundo: “Él asumió el oficio del Verbo, mi Hijo unigénito. Hasta parecía un apóstol en el mundo, tanta era la verdad y la luz con las que difundía mi palabra, disipando las tinieblas y dando luz...”⁵.

Las palabras de esta santa dominica, doctora de la Iglesia, nos recuerdan, por una parte, que el oficio del Verbo en nuestros corazones responde a su modo de ser en la vida íntima de Dios Trinidad donde, procediendo del Padre como su Palabra, espira el Amor. En efecto, la misión invisible del Verbo no se verifica en cualquier iluminación intelectual, sino en aquella que prorrumpe en el afecto de la caridad⁶. Siguiendo el modelo de santidad ideado por santo Domingo, santo Tomás asumió este mismo oficio convirtiéndose en un “verdadero sol de nitidísima luz para las inteligencias y de calor fecundante para los corazones”⁷. Este aspecto del

⁴ M.-H. LAURENT (ed.), *Fontes vitae S. Thomae Aquinatis*. Fasciculus IV: Processus Canonizationis S. Thomae, Napoli (Revue Thomiste, Saint Maximin [Var], 1931), p. 265-406 (358). Las traducciones al español son de nuestra autoría.

⁵ SANTA CATALINA DE SIENA, *Dialogo della Divina Provvidenza*, ESD, Boloña, 1989, p. 433-434.

⁶ *ST I*, q. 43, a. 5, ad 2; cf. *In Io.*, cap. 6, l. 5.

⁷ Cf. S. RAMÍREZ, *Introducción a Tomás de Aquino*, ed. BAC, Madrid, 1975, p. 219.

símbolo del sol fue puesto de relieve por León XIII, en la encíclica *Aeterni Patris*, publicada el 4 de agosto de 1879, día en que se celebraba entonces la memoria de santo Domingo⁸. Sobre este mismo significado del atributo insistiría, después, el papa Pío XI en su encíclica *Studiorum duces*, del 29 de junio de 1923, con motivo del sexto centenario de su canonización, diciendo que el Aquinate fue: “un modelo acabado de santidad y de ciencia, simbolizado por el sol resplandeciente sobre su pecho, que ilumina las inteligencias con su luz e inflama las voluntades con el calor de sus ejemplos y de sus virtudes”⁹.

Por otra parte, la emblemática frase de santa Catalina nos invita a reconocer a santo Tomás como un sol que ilumina con su luz potentísima no solo a la Iglesia, sino también al mundo entero, a la cultura sagrada tanto como a la secular. Este aspecto del simbolismo de la luz fue expuesto *in extenso* por san Pablo VI en un célebre documento que comienza con las sugestivas palabras: “Lumen Ecclesiae atque mundi universi”, escrito con ocasión del séptimo centenario de su muerte, el 20 de noviembre de 1974¹⁰. Pero antes de intentar desentrañarlo, convendrá que echemos un vistazo sobre los primeros testimonios de la comparación del Aquinate con el sol.

En los orígenes del atributo del sol

Aunque no es totalmente extraño, no deja de resultar curioso que fueran los cultores de la filosofía los primeros en atribuir a santo Tomás la imagen del sol. En una célebre carta al Capítulo General de Lyon, el rector y los miembros de la Facultad de Artes pedían con palabras muy sentidas a los frailes reunidos en asamblea capitular el cuerpo de quien fuera honra de la Universidad de París, junto con algunos escritos de carácter filosófico iniciados por él en París y no acabados, y algunas traducciones que había prometido enviarles. La carta fue escrita el 2 de mayo de 1274, menos de dos meses después de su muerte, y la frase con la que expresaban el dolor por su partida inesperada es como un *crescendo* abundante en imágenes referidas a la luz:

¿Quién habría podido estimar que la divina providencia haya permitido que la preeminente estrella de la mañana en el mundo, el resplandor y la luz del siglo, o por hablar con más verdad, el luminar mayor que presidía el día retirara sus rayos?¹¹

⁸ Cf. LEÓN XIII, Enc. *Aeterni Patris*, en: ASS 12 (1879) 97-115 (108).

⁹ PIO XI, Enc. *Studiorum duces* AAS 15 (1923) 309-326 (310).

¹⁰ San PABLO VI, Ep. *Lumen Ecclesiae*, en: AAS 66 (1974) 673-702.

¹¹ Cf. M.-H. LAURENT (ed.), *Fontes vitae S. Thomae Aquinatis*. Fasciculus VI: Documenta (Revue Thomiste, Saint Maximin [Var], 1937), p. 583-586 (584).

Se referían, claro está, a la inconmensurable pérdida que padecía la Iglesia por el hecho de que “este sol haya retirado su fulgor” sufriendo un eclipse sombrío e inesperado, es decir, desapareciendo súbitamente en el momento de su máximo esplendor. Añadían, a continuación, que el Creador concedió el privilegio de gozar de su luz a todo el mundo durante el tiempo de su vida. Pero, apoyándose en la autoridad de los antiguos filósofos, señalaban que fue la naturaleza misma la que lo puso de modo especial “para dilucidar sus secretos”. Buscando mediante estas consideraciones hacer del Aquinate un eximio modelo para los estudiosos de las disciplinas filosóficas, los autores de la carta esperaban dar mayor realce y consistencia a su pedido.

Una elegía compuesta poco tiempo después de la carta aludida contiene expresiones muy semejantes que revelan su influencia. En ella, santo Tomás es comparado con el luminar mayor del día y su muerte, con un eclipse que deja todo en la penumbra. Él fue como la estrella matutina, como el rayo solar que, con su palabra, su vida y su doctrina sostenía a la Universidad de París. Como cirio refulgente del orbe, explicaba y aclaraba los santos Evangelios y, fulgurante con la sabiduría de Salomón, consideraba las naturalezas revelando las cosas ocultas. Fue, en definitiva, “la estrella de las costumbres, el Sol del mundo y la luz de los pueblos”¹². En el conjunto de esta amplia lamentación poética, de la que solo hemos extraído algunas frases, el simbolismo del sol y de la luz alcanza sin lugar a duda su mayor realce¹³.

Inspirándose especialmente en esta elegía, cincuenta años después de su composición, el obispo de París, Esteban Bourret, retomaba la comparación del Aquinate con el sol, en el célebre decreto del 15 de febrero de 1325, mediante el cual revocaba la condenación del 7 de marzo de 1277, en la medida en que ella afectaba o parecía afectar su doctrina. El contexto inmediato del escrito y la temática abordada permiten comprender la referencia exclusiva del atributo del sol a la Iglesia. Con la doctrina de santo Tomás, decía Bourret, “la Iglesia resplandece como la luna con el sol” añadiendo, unos renglones más abajo, que el Aquinate ha sido y sigue siendo “luz preclara de la Iglesia universal, perla radiante de los clérigos, flor de los doctores, espejo clarísimo e insigne de nuestra universidad parisiense, cual espléndida estrella matutina refulgente por la claridad de vida, fama y doctrina”¹⁴. Como puede constatarse, a cien años de su nacimiento, ya es clara la convicción de que el Doctor Angélico es un sol que,

¹² Cf. *ibid.*, p. 586-588.

¹³ Junto con la carta al Capítulo General de Lyon, esta elegía es el precedente inmediato de la visión en la que el Aquinate se aparece a fray Alberto de Brescia “con una gran piedra preciosa” en el pecho, sostenida por dos cadenas, una de plata y otra de oro. Cf. C. LE BRUN-GOUANVIC (ed.), *Ystoria sancti Thome de Aquino de Guillaume de Tocco (1323)*, PIMS, Toronto, 1996, p. 144.

¹⁴ Cf. *ibid.*, p. 688.

con su resplandor, ilumina a la Iglesia universal tanto por la hondura con la que escudriñó los misterios de la fe como por la irradiación de su enseñanza.

Encontramos este mismo motivo del sol que ilumina a la Iglesia en un célebre panegírico pronunciado ante los maestros y estudiantes de la misma Universidad de París, con ocasión de la primera celebración de la fiesta de santo Tomás, el 7 de marzo de 1324. El panegirista es el abad benedictino Pierre Roger de Beaumont que, años más tarde, subiría al trono pontificio bajo el nombre de Clemente VI. En un texto muy elaborado en cuanto al estilo, que no sobrepasa en extensión lo que hoy podríamos escribir en cuatro o cinco páginas, el autor atribuye al menos seis veces la palabra “sol” al Aquinate. Nos detendremos solamente sobre uno de los pasajes más significativos, donde el santo doctor es comparado al conjunto de los doctores de la universidad como el sol a las estrellas. La frase toma como criterio de comparación cuatro efectos naturales por los que el sol sobrepasa a las estrellas:

con razón se llama sol, porque como el sol excede a las estrellas en esplendor, en calor, en fecundidad y suavidad, así Tomás excede a todos los doctores de esta Universidad por el mayor esplendor de conocimiento, el mayor calor de caridad, la mayor fecundidad de la predicación y la mayor suavidad de la contemplación¹⁵.

En otro panegírico predicado en la fiesta del Aquinate, entre 1340 o 1342, en la iglesia de los dominicos de Aviñón y ante toda la curia papal, Pierre Roger decía que, en comparación con ciertos doctores, que son como estrellas fugaces, porque tan pronto como brillan se oscurecen, santo Tomás es como un sol que brilla sin cesar. La segunda parte de esta comparación ofrece nuevamente un *crescendo* en resplandor, elaborado a partir de dos textos de la Escritura Santa:

Pero la doctrina de este santo desde el principio y siempre de modo continuo luce más. De ahí que sea la Estrella Cándida matutina, de la que se dice en Ap. 22,16: *estrella esplendorosa y matutina*; y en Si. 50,6: *como estrella matutina en medio de la neblina y como luna llena luce en sus días, y como sol refulgente, así resplandeció él en el templo de Dios*¹⁶.

Sol de la Iglesia y del mundo entero

Los panegíricos de Pierre Roger se referían, ante todo, a los maestros en teología que indagan en el misterio de Dios, así como la carta del rector de la facultad de artes de la Universidad de París, escrita cincuenta años antes, representaba principalmente a los filósofos

¹⁵ Cf. M.-H. LAURENT, “Pierre Roger et Thomas d’Aquin”, en: *Revue Thomiste* 36 (1931) 157-173 (170).

¹⁶ Cf. J. J., BERTHIER, *Sanctus Thomas Aquinas «Doctor Communis» Ecclesiae*, Vol. 1: *Testimonia Ecclesiae*, ex typographia “Editrice Nazionale”, Roma 1914, p. 59.

que escudriñan la naturaleza. Uno y otro eran conscientes, sin embargo, de que la luz de la enseñanza de santo Tomás se extiende al campo de la fe tanto como al de la razón. Si ella ha sido comparada a la de los demás doctores como el brillo del sol al de las estrellas, no es solo por la profundidad y amplitud con las que iluminó estos dos campos por separado, sino también y sobre todo por el modo en que logró esclarecer el vínculo entre ellos.

En su *Introducción a Tomás de Aquino*, Joseph Pieper decía que, en el siglo XIII, los ámbitos de la fe y de la razón podían ser identificados a partir de dos palabras clave, la Biblia y Aristóteles, recordando, a la vez, que se presentaban como dos terrenos a punto de excluirse mutuamente, “dos extremos aparentemente opuestos de forma inevitable, en cuya conjunción reconoció Tomás su tarea vital...”¹⁷. Para graficar este desafío colosal, el ilustre filósofo alemán recurría a una bella imagen de la mitología griega que nos permite reconocer mejor por qué, desde entonces, la luz del Sol de Aquino brilla esplendorosa sobre la Iglesia y el mundo:

Para describir la tarea intelectual con la que se encontró Tomás y que él se propuso acometer, hemos utilizado la imagen del ‘arco de Ulises’, cuyos extremos eran tan difíciles de aproximar que para ello se necesitaba una fuerza casi sobrehumana¹⁸.

La fuerza descomunal de la inteligencia del Angélico Doctor, “de una vastedad, precisión y energía clarificadora del pensamiento que muy raramente pueden encontrarse en la historia del espíritu humano”, le permitió unir los extremos de Aristóteles y la Biblia, reconduciendo hacia su armonía definitiva una fuente interminable de dificultades y antinomias. Pieper precisaba, en fin, que el Aquinate supo realizar esta conciliación y armonización “de modo legítimo”, es decir:

de tal forma que, en primer lugar, se siguiera reconociendo la diferencia y también la irreductibilidad, la relativa autonomía, el derecho propio de ambos campos y que, en segundo lugar, se pusiese de manifiesto su unidad, su compatibilidad y la necesidad de su concordancia, no a partir de uno de sus miembros [...], sino volviendo a una raíz más profunda¹⁹.

¿Dónde encontró el Aquinate esta raíz común a Aristóteles y a la Biblia, a la filosofía y a la teología? El papa Benedicto XVI sugería la respuesta a este interrogante en la segunda de las catequesis que le consagró en el año 2010, al mostrar que el lugar de la convergencia y concordancia de la filosofía y la teología en su vida y en su enseñanza fue, en definitiva, el mismo “Logos divino, fuente de toda verdad, que actúa en el ámbito de la creación y en el de

¹⁷ J. PIEPER, *Introducción a Tomás de Aquino*. Doce lecciones, ed. Rialp, Madrid, 2005, p. 134.

¹⁸ Ibid.

¹⁹ Ibid., p. 136.

la redención”²⁰. Porque asumió el oficio del Verbo, santo Tomás encontró en Él la fuente inagotable de esa luz que irradia sobre los ámbitos de la fe y la razón, de la cultura sagrada y la profana, delineando con precisión sus contornos propios y describiendo con claridad sus puntos de convergencia y la armonía natural que existe entre ellos, en correspondencia con la que se verifica entre los ámbitos de la naturaleza y de la gracia.

Podemos ver reflejadas las líneas maestras del conjunto de nuestras consideraciones en el “Triunfo”, en tres registros, de Benozzo Gozzoli, al que nos hemos referido al iniciar esta ponencia. En el registro central, santo Tomás, con el sol en su pecho, tiene como trono un sol que lo rodea y envuelve. En su regazo, observamos varios libros abiertos sobre los que sostiene la *Summa contra gentes*. De estas obras salen rayos que iluminan a Platón y a Aristóteles, situados respectivamente a su izquierda y a su derecha, y a Averroes quien, rendido a sus pies, se dispone a cerrar el libro que tiene entre manos. Un tercer sol, en el registro superior, contiene a Cristo bendiciendo con su mano derecha al mundo al que sostiene con su mano izquierda. Debajo de este sol divino se encuentran, formando dos columnas, autores inspirados que simbolizan el conjunto de la revelación bíblica. Nombrados de izquierda a derecha y de arriba hacia abajo, ellos son el apóstol Pablo y Moisés, Juan y Mateo, Marcos y Lucas. Finalmente, en el registro inferior vemos una asamblea solemne y fastuosa de eclesiásticos y laicos, presidida por el papa Juan XXII²¹. Recibiendo la luz de Cristo, “Oriens ex alto” (Lc 1, 78), que resplandece en los escritores sagrados y en los grandes filósofos del pasado, la luz del Sol de Aquino brilla sobre la Iglesia y sobre el mundo entero.

Como la luz del sol a mediodía

No desconocemos que, para algunos de nuestros contemporáneos, como para tantos otros que los precedieron, la compaginación intelectual y existencial de la fe con la razón obrada por santo Tomás, aun cuando pueda haber sido un auténtico logro para su tiempo, no sería en la actualidad más que un ejemplo a imitar entre otros. Al inicio de la carta *Lumen Ecclesiae*, Pablo VI salía al encuentro de esta opinión, confirmando lo primero y rectificando lo segundo. Para ello, recurría a las figuras del “fastigio” y del “quicio” con las que simbolizaba respectivamente la cumbre de una corriente de pensamiento y el eje que, permitiendo el giro necesario, se convirtió en garantía de todo progreso saludable.

²⁰ BENEDICTO XVI, Audiencia general, 16.06.2010. Disponible en: https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiencias/2010/documents/hf_ben-xvi_aud_20100616.html

²¹ Se trata, probablemente, de la asamblea del 18 de junio de 1323, en la que santo Tomás fue canonizado, aunque podría representar, también, otra asamblea reunida en Aviñón, cuatro días antes de la canonización, en la que Juan XXII pronunció las palabras que aparecen sobre su cabeza en el Triunfo. Cf. A. PÉREZ SANTAMARÍA, *Aproximación a la iconografía*, p. 32-33.

Decía, en efecto, que “por disposición de la divina Providencia, fue puesto por Sto. Tomás el fastigio supremo de toda la teología y filosofía ‘escolástica’, como se la llama comúnmente”, es decir, del pensamiento filosófico y teológico característico de su época. Pero añadía inmediatamente, para evitar todo malentendido, que con sus obras “fue fijado en la Iglesia el quicio primario en torno al cual, entonces y después, la doctrina cristiana ha podido girar y gozar de un seguro crecimiento”²². Volvemos a encontrarnos aquí la convicción expresada con insistencia por Pierre Roger en el panegírico de la primera fiesta del santo doctor; una convicción forjada en la experiencia de la continua oposición a su enseñanza, que recuerda las palabras del Evangelio de Juan sobre las tinieblas resistentes a la Luz (Jn 1, 5). Esta convicción se encuentra condensada en la siguiente frase del sabio monje medieval: “Vemos por experiencia que la doctrina de este santo –que se dice doctrina común– aunque fue impugnada con fuertes argumentos, permanece siempre y crece por los siglos de los siglos”²³.

Nosotros también podemos constatar, al inicio de este gran jubileo en honor del Sol de Aquino, que la luz con la que brilla sobre la Iglesia y el mundo, lejos de ser débil como la de un ocaso, “es clara como la luz del sol al mediodía” (Is 18, 4). Es esta luz, comparada a la del astro en su cenit, la que los frailes dominicos de Córdoba anhelamos que resplandezca sobre los fieles de nuestra basílica al contemplar el atributo del sol colocado en el pecho de nuestra humilde imagen del santo, con ocasión del séptimo centenario de su canonización.

Fray Guillermo F. A. Juárez, O.P.

²² San PABLO VI, *Enc. Lumen Ecclesiae*, 13, 1 (AAS) 686.

²³ M. H. LAURENT, *Pierre Roger*, p. 168.

Resumen. Con ocasión del jubileo de tres años en honor de santo Tomás de Aquino, los frailes dominicos de la comunidad de Córdoba (Argentina) hemos considerado oportuno añadir el atributo del sol a la imagen que ocupa la hornacina central del retablo que lleva su nombre en nuestra basílica, lo que nos ha llevado a estudiar más a fondo y a explicar con mayor detalle el significado de dicho atributo. Si la enseñanza del Doctor Común ha sido comparada a la de los demás doctores como el brillo del sol al de las estrellas, no es solo por la hondura y amplitud con las que iluminó los campos de la razón y de la fe, sino también y sobre todo por el modo en que logró esclarecer la relación entre ellos. El Aquinate encontró en el Verbo divino la fuente inagotable de esa luz que irradia sobre ambos ámbitos delineando con precisión sus contornos propios y describiendo con nitidez sus puntos de convergencia y la armonía que existe entre ellos. Reconfortados con el recuerdo de testimonios tan elocuentes del pasado, volvemos a constatar hoy que la luz con la que brilla el Sol de Aquino sobre la Iglesia y el mundo, lejos de ser débil como la de un ocaso, es clara como la luz del sol al mediodía.

Curriculum vitae. Fr. Dr. Guillermo Facundo Andrés JUÁREZ, O.P.

Títulos académicos: 1) Profesor en Filosofía (Instituto Superior P. Sáenz de Lomas de Zamora, 2014); 2) Magíster en Bioética (Máster Internacional de Bioética de la Fundación Jérôme Lejeune, 2018); 3) Doctor en Teología (Universidad de Friburgo, Suiza, 2006).

Publicaciones: Además de contar con numerosas publicaciones en Revistas especializadas de Argentina, Hispanoamérica y Europa, se destacan las siguientes obras de su autoría: 1) *Dios Trinidad en todas las creaturas y en los santos*. Estudio histórico-sistemático de la doctrina del Comentario a las Sentencias de Santo Tomás de Aquino sobre la omnipresencia y la inhabitación (Del Copista, Córdoba, 2008); 2) San Agustín de Hipona. *Libro sobre la presencia de Dios*. Epístola 187 a Dárdano. Introducción, traducción y notas a cargo de Fr. Dr. Guillermo Juárez, O.P. (PUCE y Editorial Pío XII, Ambato, Ecuador, 2016).

e-mail: gjuarezop@unsta.edu.ar / gjuarezop@gmail.com